

Las preguntas esenciales sobre el hombre y la ciudad que lo rodea las había hecho Baudelaire en el siglo pasado y es una constante que rescata para nuestra literatura, por ejemplo, Juan Emar, quien sostiene que “existe una clara relación entre la configuración de una ciudad y nuestros más encubiertos deseos”.

La ciudad como metáfora de una obsesión postergada y prolongada es común a los escritores jóvenes de los 80; ven en esto una realidad en crisis que los lleva a un descenso, a participar involuntariamente en la caída del hombre. No es coincidencia entonces que Gonzalo Contreras declare su referencia literaria al novelista judío-austríaco Joseph Roth. Apreciamos la misma atmósfera decadente de *La ciudad anterior*, en la caída de la familia Trotta (*La marcha de Raderzky*), en las confesiones del policía político (*Confesión de un asesino*) o en el espíritu castigado del campesino ruso trasplantado a los EE.UU. (*Job*).

El ambiente de violencia implícita, el testimonio de “no future” de la década pasada, el desencanto de la juventud y la soledad, están logrados en *La ciudad anterior*.

Tal vez se puede hacer un único reparo a esta novela y desde un lector que se reconoce en la ciudad de provincia: trata del reiterado esencialismo de la mirada capitalina para tratar la “otra ciudad”, la extraña, la exótica. Pero tal vez esto no sea más que un “provincianismo”, porque la ciudad de Contreras es mental, y la nuestra, penquista, sigue pensándose en otra parte.

SERGIO GOMEZ M.

<https://doi.org/10.29393/At465-34MCRG10034>

EL MUSEO DE CERA

De Jorge Edwards

Editorial Andrés Bello. Santiago, 1992

Jorge Edwards ha escrito novelas, cuentos, testimonios, ensayos y numerosos artículos periodísticos. Su obra ha estado siempre ligada al devenir histórico de Chile y recrea espacios y personajes por todos conocidos.

Recientemente, la Editorial Andrés Bello, a través del Club de Lectores, ha publicado una nueva versión de *El Museo de Cera*, editado originalmente en 1981 en España bajo el sello de la Editorial Bruguera. Esta corresponde a la primera novela escrita en Chile luego de los cinco años de exilio voluntario en España.

El Museo de Cera es la historia del viejo decadente Marqués de Villa Rica, “leyenda viviente” de los más rancios valores y costumbres, y “presidente durante largos decenios del Partido de la Tradición”. La rutinaria y metódica vida del

Marqués que transcurre entre el Club y la opulenta mansión sufre un duro revés un día que, luego de abandonar su eterna soltería y desposar a Gertrudis Velasco, “criolla extraordinariamente hermosa”, descubre que ésta lo engaña con el profesor de piano, un “italiano de simpatías garibaldinas”. El Marqués expulsa de la casa a los adúlteros y se aboca a la excéntrica misión de buscar un discreto escultor que sea capaz de inmortalizar la ignominiosa escena de los amantes en figuras de cera a escala natural. Además comisiona a un arquitecto para construir una réplica de la mansión en que vivió junto a Gertrudis, pues allí coloca las esculturas y cierra la casa, convirtiéndola en un verdadero museo de cera, donde la “ilusión de realidad fuera absoluta, de modo que si el mismo, distraído, abriera esa puerta, tuviera la sensación exacta, desconcertante, de que la escena se repetía”. Todo lo anterior se desenvuelve en medio de una agitada efervescencia política y social -“vientos diferentes”- que hace tambalear el poderío de la clase “que había tenido al país en un puño” y que el Marqués y sus amigos del Club representan.

Señalábamos anteriormente que tras la anécdota del Marqués hay un trasfondo social insinuado en el texto. Lo cierto es que el relato de Edwards corre por dos planos en forma paralela, uno, es de la vida y avatares amorosos del Marqués, símbolo de toda una clase social incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos, y otro, el tapiz histórico y político que apunta a cambios sociales en un país innominado, pero que -como lo señala Edwards- es “una ciudad colonial sudamericana”. Para representar las diversas tonalidades imperantes en esa sociedad aludida, el autor emplea la alegoría y la parodia tanto en la caracterización de los personajes como en los farsescos hechos en que toman parte.

La novela se inaugura con la relativización de la propia existencia del protagonista mediante la voz de un narrador colectivo -“nosotros, los que recordamos esta historia”- que conoció los últimos momentos del Marqués de Villa Rica e intenta reconstruirlos en la memoria:

“Llegamos hasta el extremo de dudar del testimonio de nuestra memoria, como si esa parcela del pasado (...) no hubiera sido más que un sueño, un sueño colectivo y contradictorio, que en algunos de sus episodios tomaba los caracteres de pesadilla” (p.13).

La obsesión del Marqués es, en definitiva, un intento de detener el tiempo en un mundo en que coexisten las carrozas y las pelucas empolvadas junto a ultramodernos elementos del mundo electrónico de hoy, produciéndose así una relación anacrónica con los demás integrantes de aquella sociedad en que se desenvuelven los personajes.

Como ha señalado Edwards, *El Museo de Cera* es una combinación alucinante de tiempos que mezclan el mundo del pasado con el mundo del futuro en un país subdesarrollado.

Dentro de la caracterización del Marqués observamos un antecedente que registra Edwards a lo largo de su obra: la capacidad de erigir a sus protagonistas en

personajes capaces de desarticular el orden impuesto por la clase a que pertenecen y revelar aspectos insospechados de su personalidad. Lo anterior lo vemos ya en Joaquín, uno de los protagonistas de *El peso de la noche* (1964), quien fracasa en el intento de apartarse del espacio familiar que representa orden y tradición, y también lo advertimos en algunos de los cuentos - “El orden de las familias” y “La experiencia” entre otros-, pero, fundamentalmente, es en *La mujer imaginaria* (1985), novela posterior a *El Museo de Cera*, donde se aprecia el desplazamiento social que en el Marqués de Villa Rica es sólo “tentación” de hacerse rojo, “sólo para trastornar el orden de las cosas, que a veces me parece agobiante, sofocante”. Cabe señalar que la evolución del Marqués es producto del fuerte impacto producido por la escena del adulterio y por el convencimiento de que la única persona a quien podía recurrir era a Gertrudis.

Leemos en clave ciertos hechos ocurridos antes y después del colapso de 1973 y reconocemos en los personajes a algunas connotadas personalidades públicas de la sociedad chilena. Pero, más allá de adivinar quién se esconde tras el personaje del escultor o de la cocinera, Edwards tiene la singularidad de entregarnos una novela amena, por momentos chispeante, fluida y fácil de leer. Con acierto, buena parte de la crítica ha señalado a ésta como la novela más lograda del autor.

ROBERTO GONZALEZ

RAMON J. SENDER. MITO Y CONTRAMITO DE LOPE DE AGUIRRE
De *Gilberto Triviños* (con la colaboración de *María Nieves Alonso*)
Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1991

El libro *Ramón J. Sender. Mito y contramito de Lope de Aguirre*, escrito por Gilberto Triviños, con la colaboración de María Nieves Alonso, y editado por la prestigiosa institución zaragozana “Fernando el Católico”, constituye una muestra más de la excelencia académica de ambos investigadores de la Universidad de Concepción.

La obra del novelista español Ramón J. Sender, poco conocida en Chile y tal vez en el resto de Latinoamérica, está muy próxima a la literatura de nuestro continente; sobre todo una parte de ella que conforma un ciclo sobre el Nuevo Mundo. *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre, Mexicayotl, Hernán Cortés, Epitalamio sobre el prieto Trinidad, El extraño señor Photynos y otras novelas americanas, Túpac Amaru* evidencian la atracción por lo americano experimentada por Sender y explican, en parte, el interés predominante de Triviños y Alonso por la primera de ellas, “con cuyo estudio intentamos ampliar el conocimiento de la fascinante obra americana de Sender” (p.6). Por otro lado, la figura histórica de Lope de Aguirre, objeto del